



Representaciones imagéticas de los obreros de Fundidora Monterrey

Jaime Sánchez-Macedo



El 9 de mayo de 1986, mediante un decreto de liquidación de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, se puso fin a la tradición laboral siderúrgica primigenia de América Latina con más de ocho y media décadas de arraigo en la ciudad. Durante todo este tiempo, la emblemática empresa se convirtió en un símbolo identitario para la ciudad¹ no sólo por su importancia económica, sino también por la cultura laboral de miles de trabajadores que marcaban el ritmo de una metrópoli que durante el siglo XX figuró como baluarte industrial del país. El presente artículo tiene el propósito de analizar las representaciones imagéticas de esta cultura obrera a partir de tres distintas etapas de desarrollo.

Mediante la consulta del acervo fotográfico de la compañía, así como de material bibliográfico y otras fuentes documentales es posible conocer la historia de la fundidora a través de la lente de diversos fotógrafos que captaron las formas de trabajo y convivencia de los obreros. Tomamos el concepto de representaciones imagéticas² como parte de una metodología para el estudio del pasado a través de la fotografía, pues se contempla un espectro más amplio de elementos que constituyen a la imagen como fuente de información, donde se retoma la imagen como un fragmento seleccionado de lo real, que en este caso trata acerca de los

Eugenio Espino Barros
Fábrica de alambre.
Monterrey, 2 de marzo de 1950
© Fototeca Nuevo León-CONARTE

obreros, el trabajo diario y su relación en la empresa, y por otro lado se considera la importancia del soporte como fuente de información.³ En este sentido, nuestro trabajo abarca dos dimensiones del patrimonio cultural de Nuevo León, donde tenemos la memoria intangible de la cultura obrera de Monterrey y al mismo tiempo parte importante de la historia de la fotografía del siglo XX en México, porque el acervo fotográfico de la Fundidora incluye a algunos de los más reconocidos fotógrafos del país y distintas etapas del desarrollo de la fotografía en general.

La pujante industria en Monterrey. Durante la segunda mitad del siglo XIX hombres acaudalados avecindados en Nuevo León comenzaron a aprovechar el reajuste geográfico de la frontera con la pérdida del territorio nacional ante Estados Unidos, de manera que en la década de los sesenta en el siglo XIX lograron materializar una notable acumulación de riqueza que por aquellos años era muy difícil en un país asolado por las guerras, el separatismo y la falta de vías de comunicación. Esta incipiente burguesía comenzó a invertir: primero en el sector bancario y posteriormente en proyectos de desarrollo industrial.⁴ Así, el 5 de mayo de 1900 se constituyó la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, con una inversión inicial de 10 millones de pesos y una exención fiscal garantizada por las políticas de gobierno de Bernardo Reyes. Los motivos para fundar la compañía en Monterrey se relacionaban con el crecimiento de la red ferroviaria de la ciudad, la ubicación estratégica entre yacimientos minerales necesarios para la siderurgia, la disponibilidad de mano de obra y la cercanía con la frontera. Durante sus primeros años, la compañía conocida como *La Maestranza*⁵ tuvo capacidad para producir hasta 100 000 toneladas de acero.⁶

A pesar de las crisis económicas de 1907 y 1908, tanto la Fundidora como Monterrey se convirtieron en ejes fundamentales de la industria nacional. En esos años hizo su aparición en la ciudad uno de los fotógrafos predilectos del régimen de Porfirio Díaz, Guillermo Kahlo, quien fue comisionado para tomar registros de la Fundidora con motivo de distintas campañas de publicidad. Kahlo trabajó de manera esporádica para la fundidora entre 1909 y 1936 y realizó algunas de las primeras tomas conocidas de la compañía; para ello utilizó una cámara de gran formato 11X14 con placas elaboradas por él, en las cuales por lo regular ocupaba el diafragma cerrado para lograr mayor profundidad del campo visual.⁷

De esa serie de fotografías cabe rescatar una toma de los hornos que alimentaban los primeros departamentos de laminación que tuvo la empresa. Las calderas de dichos hornos tenían que ser abastecidas constantemente de carbón para accionar los molinos y los cilindros laminadores; sin embargo, al no considerarse que es un trabajo especializado, muchas veces se requirieron niños para llevar a cabo esta labor. Por otro lado, los obreros en la fotografía, que están como en una pausa con motivo de la toma, portan vestimentas aún típicas del trabajo rural, la mayoría con sombreros de ala ancha, algunos descalzos —como los niños— y otros con sandalias. Así, tanto la presencia de ellos como la vestimenta de estos primeros trabajadores ilustran una primera etapa del desarrollo industrial en la que apenas comenzaban a fincarse los valores de una clase obrera industrial. Como podían relacionarse con oficios preindustriales o artesanales, ellos tendrían que someterse a nuevos valores de trabajo, como la disciplina, horarios fijos y la



Cia Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey, S.A. — N°31. Instalación de calderas.

supervisión constante. De igual forma, muy probablemente los obreros retratados por Guillermo Kahlo habían formado parte de la gran ola migratoria que provenía del ámbito rural al urbano y que contribuyó al crecimiento poblacional y económico de Monterrey.

Estos hombres percibían un salario no menor de 75 centavos —\$ 1.50 era el máximo— por jornada laboral, mientras que en el campo no podían aspirar a más de 40 centavos. Sin embargo, aunque esta diferencia constituyó el principal incentivo de la migración, según distintas estimaciones, si suponemos que la familia obrera típica constaba de al menos cinco personas, el gasto diario únicamente por alimentación debía alcanzar 1.22 pesos.⁸

Asimismo, los trabajadores tenían muy poco margen de acción durante el porfiriato, ya que, en coalición con el empresariado, las políticas de Bernardo Reyes fueron reacias a permitir el fortalecimiento de las organizaciones sindicales en la ciudad. Durante los 17 años que medían entre la fundación de la fundidora y la expedición de la Constitución de 1917, las relaciones laborales de la compañía fueron unilaterales, ya que los directivos determinaban las condiciones laborales de los trabajadores. No obstante, además del salario, la fundidora emprendió un decoroso programa de acciones sociales;⁹ empero, estas prestaciones correspondían al factor de la

Guillermo Kahlo
Instalaciones de calderas,
ca. 1910, Monterrey, N. L.
© 011
Fototeca Nuevo León—CONARTE
Fondo Fundidora

PÁGINAS SIGUIENTES
Eugenio Espino Barros
Trabe principal para el
deslizamiento de la grúa corrediza
en los Hornos de Aceración
de Fundidora
1960, Monterrey, N. L.
© 023
Fototeca Nuevo León—CONARTE
Fondo Eugenio Espino Barros



T-13
CFO-11302
R-3017

AMXX
2526



MNOS. ACERACION. No. 1798. FEB. 11, 1960



Autor no identificado
Manifestación política
a favor de los presos.
Monterrey, abril 1982
© 29939

Fototeca Nuevo León-CONARTE

lejanía y la dificultad del traslado de trabajadores respecto al centro de Monterrey y a continuar atrayendo mano de obra del campo.¹⁰

El auge industrial. Después de sortear la Revolución mexicana y la crisis mundial de 1929, la compañía Fundidora Monterrey emprendió un periodo de bonanza que tuvo su punto álgido entre 1940 y 1960. Durante estos años, la fundidora se benefició de la demanda de acero generada por la Segunda Guerra mundial, aunada a la política de fomento industrial del gobierno federal.¹¹ En términos de eficiencia, al cumplir sus primeros 50 años, la compañía había superado el doble de su producción original.

Por su parte, a partir de la fundación de escuelas industriales como la Álvaro Obregón y sobre todo gracias a la experiencia adquirida con el trabajo diario, los trabajadores de la compañía adquirieron un notable grado de especialización en sus distintos oficios dentro de cada uno de los departamentos de la Fundidora. Este grado de experiencia gozaba del reconocimiento nacional; por ejemplo, el Horno Alto 2, inaugurado en 1943, fue manufacturado y montado por los trabajadores de la misma empresa.¹²

Ese momento de bonanza fue retratado por la cámara NOBA —de invención propia— de Eugenio Espino Barros, quien trabajó para Fundidora Monterrey de 1932 a 1965 al tomar registros fotográficos para documentar avances constructivos o

ilustrar informes de la empresa. De esta manera realizó una serie de tomas en formato de 8 X 10 —al perecer su predilecto— acerca de las instalaciones y los trabajadores de Fundidora; entre ellas seleccionamos la toma de una importante ampliación de los hornos de aceración de la empresa. En la fotografía se observa a un grupo de trabajadores que posan a un lado de una gigantesca viga, en la cual, a pesar de los trabajos constructivos, hay un plano bastante limpio. Aunque de 1960, esta fotografía muestra una imagen típica de las tomas de Espino Barros, en la cual se perciben líneas de composición muy notorias acentuadas por el manejo de la luz, y se destaca la magnitud de la infraestructura industrial.

A la par de la modernización de la empresa, la organización de los trabajadores también se desarrolló de manera importante. Como respuesta a una serie de despidos en 1932, se creó la Federación de Sindicatos de Acero. Un par de años más adelante a nivel nacional se consolidó el Sindicato de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana (SITMMSRM), al cual se adhirieron los trabajadores de Monterrey, como la Sección 67.¹³ En 1944, tras la primera y única huelga nacional de trabajadores del Sindicato Minero, en Fundidora se logró un aumento salarial de 60 centavos por día, así como incentivos de productividad y la ampliación del fondo para emergencias médicas.¹⁴

Al continuar con el brillante trabajo de Espino Barros, llama nuestra atención un retrato grupal del personal de la Fábrica de Alambre de Fundidora fechado en marzo de 1950,¹⁵ ya que en primer lugar, dentro de al menos las primeras dos décadas de desarrollo de la empresa no parecieran ser comunes los retratos de grupo, en los que los fotografiados se encuentren dispuestos exclusivamente para la toma. En la imagen aparecen 79 trabajadores, cuya edad posiblemente oscilaba entre 18 o 19 años el más joven y 60 años la persona mayor. Cada uno de ellos porta vestimentas que se relacionan con su jerarquía en el trabajo: tres hombres sentados al centro portan trajes elegantes, sombreros de vestir y gabardinas, mientras que el resto viste con boinas, mandiles, botas, conjuntos de mezclilla, guantes, etcétera. El historiador Eric Hobsbawm dice que para el caso de Inglaterra las boinas estilo *andy capp*¹⁶ como las que portan estos trabajadores de Fundidora eran un distintivo de la clase obrera. Asimismo, seguramente como resultado de sus labores, en los obreros de la primera fila es posible observar la suciedad y el desgaste de las prendas. En contraste con la toma de Kahlo, aquí se aprecia claramente de qué manera la clase obrera cuenta con vestimentas y aditamentos que los distinguen y los identifican.

Otro aspecto por considerar acerca de la toma de Barros consiste en que uno de los obreros —séptimo de izquierda a derecha en la segunda fila— lleva un diario en su bolsillo. Durante todo el Porfiriato y la Revolución, el índice de analfabetismo entre los asalariados de clase baja era muy elevado; encontrarse con obreros lectores era muy complicado y la prensa que existía a principios del XX estaba dirigida para las clases altas e intelectuales. La difusión de la prensa entre los trabajadores de las distintas empresas de Monterrey contribuyó a fortalecer la ideología y los valores del trabajo; así surgieron publicaciones como *Preví* o *El Di-Fundidor*, en las cuales se informaba a los trabajadores acerca de sucesos de la empresa o eventos artísticos y deportivos, a la par que se promovían ideales de cooperación y eficiencia.



Daniel Gil
Obreros en un taller
Monterrey, febrero de 1981
© Fototeca Nuevo León-CONARTE

Por último, la proxémica de algunos personajes, en la que al menos tres pares aparecen abrazados o apoyados en los hombros de su compañero, muestra una fraternidad fincada en el trabajo diario y en la convivencia. En una búsqueda rápida por los archivos de la compañía podemos percatarnos de que en 1950 abundaban tomas acerca de equipos deportivos de béisbol, fútbol, basquetbol, voleibol, gimnasia y atletismo, así como grupos de teatro y danza. De igual forma, el lugar que en Inglaterra ocupó el fútbol dentro de la conformación de prácticas de identificación, convivencia y recreación,¹⁷ en Monterrey fue el béisbol el deporte de la clase obrera por excelencia. En general, a mediados del siglo XX la ciudad entera se expandía con la creación de barrios obreros no sólo de Fundidora, sino también de las distintas empresas de Monterrey. Además, hacia la segunda mitad del siglo XX para gran cantidad de familias regiomontanas se integraba una segunda generación de trabajadores de Fundidora. Todo este tipo de prácticas que con el tiempo se volvieron típicas de las clases obreras fincaron y fortalecieron vínculos de convivencia entre los trabajadores.

El deterioro y cierre. A pesar de los proyectos de modernización, después de 1960 sucedieron dos procesos simultáneos que operaron en perjuicio de la compañía. Por un lado, después de los conflictos mundiales, la demanda del acero comenzó a descender a la par que la compañía adquiría préstamos en dólares para expansiones. De igual forma, el gobierno mexicano fijó una política de control de precios que aumentó el costo de la materia prima y redujo paulatinamente el margen de ganancias.¹⁸ Por otro lado, las organizaciones obreras de la empresa

perdieron su independencia frente al corporativismo sindical, lo que para finales de la década de los años setenta desembocó en constantes luchas por el control del sindicato.

Los últimos diez años de vida de Fundidora Monterrey estuvieron marcados por los constantes paros y huelgas de los trabajadores. De manera constante la sección 67 acusaba violaciones al contrato colectivo de los trabajadores y demandaba aumentos de prestaciones y seguridad social. Asimismo, entre los trabajadores tomaron fuerza algunas facciones opositoras a lo que consideraban sindicalismo *charro*; muestra de ello era el Centro de Orientación Sindical 5 de febrero, que contaba con una fuerte influencia del Partido Comunista Mexicano. Aunado a esto, algunos de los trabajadores temporales —llamados eventuales— que emprendieron importantes acciones de protesta para mejorar sus condiciones laborales fueron acusados de actividades guerrilleras por las autoridades estatales.¹⁹

En este tenor contamos con una toma de autor desconocido fechada en 1982, en la cual se muestra a numerosos trabajadores de Fundidora protestando a espaldas del edificio de gobierno estatal y denunciando con pancartas el encarcelamiento de compañeros, así como la imposición charra en el sindicato.

A pesar de la efervescencia política que impregnaba la atmósfera regiomontana con los movimientos guerrilleros, estudiantiles, de ferrocarrileros y de vivienda popular, los trabajadores huelguistas de la fundidora se fueron constituyendo en el imaginario colectivo como “trabajadores grilleros”, debido a que su militancia no tenía eco en otras empresas de la ciudad. A la postre estas ideas tendrían severas repercusiones sobre su futuro laboral.

La primera señal clara de resquebrajamiento de Fundidora se presentó cuando en 1977 la compañía pasó a formar parte del complejo Siderúrgica Mexicana (Sidermex) como una paraestatal en manos del gobierno mexicano. En este punto el presidente José López Portillo aseguraba en las páginas del periódico *Di-Fundidor* que “el Estado era capaz de realizar su gestión como empresario directamente con un incremento en la producción”. Sin embargo, apenas nueve años después del cambio de administración, Fundidora Monterrey fue declarada en quiebra,²⁰ por lo que el viernes previo al día de las madres los más de 10 mil trabajadores escucharon el silbato de salida por última vez.

Los ahora ex obreros se enfrentaron a una sociedad que los estigmatizó como los principales responsables del quiebre de la compañía.²¹ La famosa columna de opinión M.A. Kiavelo del periódico *El Norte* señalaba tajantemente que “la empresa símbolo de Monterrey mantiene las puertas cerradas, asfixiada por la mala administración y la corrupción sindical”.²² Ésta era una opinión compartida por gran parte de la población en Nuevo León; desde hacía tiempo, a los obreros se les asociaba con el sindicalismo charro, ausentismo, alcoholismo e incluso drogadicción. Por otro lado, se temía que con el despido masivo de trabajadores se produjera un estallido social, ya que a los 38 mil trabajadores desocupados de los consorcios ALFA, VISA y VITRO se sumarían ahora los obreros de Fundidora.²³ Sin embargo, la iniciativa privada que antes se había desprendido de la compañía aplaudía la

decisión gubernamental de cerrar la empresa, ya que en menos de diez años de haberla vendido la consideraban “obsoleta”.²⁴ Por si fuera poco, desde hacía tiempo que Fundidora Monterrey era vista como una empresa muy contaminante para la ciudad, si bien con anterioridad los índices de contaminación pudieron también haber sido nocivos para la salud de los vecinos: tanto las ampliaciones de la compañía como la expansión de la mancha urbana en sus alrededores se conjugaron con el deterioro de la imagen de Fundidora.

En ese sentido, se observa cómo desde finales de la década de 1970 la cultura obrera que se retrata en las fotografías del Archivo Histórico de Fundidora deja ver una empresa deteriorada a pesar de los intentos de renovación. Los obreros que eran captados por las cámaras fotográficas cada vez más portables aparecen en imágenes muchos menos posadas y menos preparadas en términos estéticos. Estas tomas, que parecieran instantáneas y que son de menor tamaño —en su mayoría rollos de 35 mm—, contrastan notoriamente con las de Espino Barros y otros fotógrafos de la fundidora de antaño. Para muestra hay una fotografía de febrero de 1981 realizada por Daniel Gil, fotógrafo de la compañía desde finales de la década de los años setenta, en la cual aparece un par de trabajadores —uno de ellos parcialmente tapado— en una posición bastante informal. Ambos trabajadores se encuentran en un taller sumamente descuidado con rastros de grafiti en las paredes que parecen de madera improvisada.

De esta manera, el otrora símbolo del progreso de la ciudad era visto de forma negativa, al igual que sus trabajadores, abatidos por la corrupción y la marginación. Una vez cerrada la compañía, era común encontrar anuncios con la leyenda “se solicitan trabajadores, excepto obreros de Fundidora”.²⁵ La opinión pública también contribuiría con tales representaciones al mostrar tanto en sus columnas como en sus tiras cómicas a una Fundidora como un elefante grotesco soportado por una ligera cuerda o por la espalda de un indio.

Consideraciones finales. No cabe duda que como vasos comunicantes las representaciones en este caso imagéticas y el contexto histórico que las produce se entrelazan para repercutir sobre la cultura. Para el caso de los obreros de Fundidora de Monterrey, en más de ochenta años de trabajo las ideas en torno de ellos se fueron transformando por diversos factores: económicos, políticos, opinión pública, etcétera. No obstante el papel que desempeñaron dentro de la conformación de la ciudad no sólo en términos económicos sino también culturales al instituir prácticas de trabajo y de ocio, así como tradiciones y costumbres, tendría que ser revalorado en la actualidad.

En los casi treinta años que van desde el cierre de Fundidora, los ex obreros y sus familias se han repuesto de la catástrofe que fue haber perdido el sustento económico y el oficio que tanto tiempo los identificó. Durante estos años, muchos fundidores pasaron a ocupar puestos de trabajo caracterizados por la inestabilidad, la informalidad y el autoempleo.²⁶ Al final sólo sobrevive un gran parque recreativo con fierros y chatarras semiabandonadas, donde a manera de homenaje —o tal vez burla— resuena una vez cada día el silbato que en otro tiempo marcará las horas de salida.

1 Desde la década de 1940, la chimeneas recalentadoras del Horno Alto 1 de la fundidora formaron parte del escudo de la ciudad. Destaca así la importancia de la industria y la cultura laboral de la entidad.

2 Un objeto imagético es un documento que, además de sus múltiples especificidades, porta una imagen. Fernando Aguayo y Lourdes Roca, *Investigación con imágenes. Usos y retos metodológicos*, México, Instituto Mora, 2012, p. 8.

3 Boris Kossoy, *Fotografía e historia*, Buenos Aires, Argentina, La Marca, 2001, p. 31.

4 Mario Cerutti, *Burguesía y capitalismo en Monterrey*, México, Claves Latinoamericanas, 1989, p. 15.

5 Al parecer, este mote provenía de evocar un taller donde se producían piezas de artillería. Véase Javier Rojas Sandoval, *Fábricas pioneras de la industria en Nuevo León*, México, UANL, 1997, p. 135.

6 *Ibid.*; pp. 137-138.

7 Guillermo Kahlo, *Fotografía. Fotógrafo de la Fundidora de Monterrey*, México, Gobierno del Estado, 2003, p. 9.

8 Cerutti, *op. cit.*, pág. 148.

9 Rojas Sandoval, *Historia de la cultura laboral en la Fundidora Monterrey, S.A. (1936-1969)*, México, CAEIP, CECYTE, 2009, pp. 29-30.

10 Javier Rojas Sandoval, *op. cit.*, p. 139.

11 Israel Cavazos Garza y César Morado Macías, *Fábrica de la Frontera. Monterrey, capital de Nuevo León (1596-2006)*, México, Ayuntamiento de Monterrey, 2006, pp. 88-89.

12 Alberto Casillas Hernández, *El Molino de Combinación Lewis*, México, UDEM, 2009, p. 55.

13 A diferencia de Fundidora, las empresas de la familia Garza-Sada, así como algunas otras en la ciudad se caracterizaban por estructurar un modelo paternalista que limitaba la independencia de los trabajadores al regular verticalmente las prestaciones y las negociaciones obrero-patronales. Por su parte, las filiales de la CTM eran fuertemente cooptadas por sus dirigentes. Correa Villanueva, *op. cit.*; pp. 42-43.

14 *Ibid.* p. 44.

15 Como parte del desarrollo mencionado, se abrieron compañías subsidiarias de Fundidora que procesaban el acero para convertirlo en productos específicos: lámina, aceros planos, varilla corrugada, vías férreas, etcétera.

16 El mote de esta vestimenta provenía de la tira cómica de principios del siglo XX. Eric J. Hobsbawm, *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, España, Crítica, 1999, p. 71.

17 *Ibid.*, pp. 78-80.

18 Marcela Guerra y Alma G. Trejo Trejo, *Crisol del temple*, México, Gobierno del Estado de Nuevo León, 2000, pp. 144-145.

19 Correa Villanueva, *op. cit.*, pp. 42-43.

20 *El Norte*, Monterrey, 10 de mayo de 1986.

21 Martínez Silva, "Convertirse en ex obreros. La experiencia de los ex fundidores de Monterrey" en *Estudios Sociológicos*, vol. XXVII, núm. 81, México, Colmex, sep.-dic. de 2009, pp. 837-838.

22 *El Norte*, Monterrey, 12 de mayo de 1986.

23 *El Porvenir*, Monterrey, 9 de mayo de 1986.

24 *El Porvenir*, Monterrey, 10 de mayo de 1986.

25 Eleocadio Martínez Silva, *op. cit.* pp. 838.

26 *Ibid.* pp. 837-838